

YA NO ESTÁN*

Jorge López Páez

Desperados por mis achaques, mis padres me mandaron con dos tías, hermanas de mi madre, a la capital. Fue en el año de 1930. Paramos en la casa de la tía Otilia, hermana de mi abuelita. Vivía en la calle de Durango, enfrente de la Plaza de Toros. Algún taurófilo podría dar los nombres de los toreros famosos en aquel entonces.

Un renombrado doctor de apellido Pimienta, después de variados análisis, dio su veredicto: yo no estaba tuberculoso. Por supuesto que enviaron un telegrama a mi pueblo: Huatusco, Veracruz, anunciando la nueva: era necesario que me extirparan las anginas y las adenoides, y para poder hacerlo debía estar en mejores condiciones de salud.

Entretanto mi tía Tere, una de mis acompañantes, se fue con su novio a San Juan del Río, Querétaro; era un sujeto del que no quiero acordarme y que lastimó con su mala conducta, tanto moral como económicamente, a toda la familia. Ella fue una mártir gozosa; lo digo por el tamaño del apéndice masculino de él. Dizque para ayudarme en mis problemas respiratorios se impuso para que lo acompañara a un baño de vapor, lo que redundaría en una mejoría para mí; por supuesto fue en vano, y de estas brumas viene mi conocimiento de sus particulares señas. No creo que descanse en paz.

Este artículo, espero, no abundará en mis enfermedades, sino en

las cosas idas o perdidas o extirpadas, como mis anginas, o los enderezamientos a mi tabique nasal.

En mi primera mañana, literalmente, no me despertaron los cantos de los pájaros, ni las reyertas de los tordos o el zureo de los pichones, ni los estallidos de los cohetones con los que, junto con sus amenazas, nos tenía aterrorizados el cura. En la capital los suplieron los irritantes bocinazos de los taxis, sin que faltaran también los de muchos particulares. Ahora, a pesar de que vivo en una calle muy transitada, Havre, aun en la hora crítica, o sea de las ocho a las nueve y media de la mañana, se oye el pujido de los motores, y a pesar de las prisas los conductores guardan con discreción el empleo de sus cláxones. Esta pérdida no la lamento, la celebro.

Esa parte de la Colonia Roma, o sea, donde está el Palacio de Hierro Durango, ha cambiado más que cualquier otra. Ya no está la Plaza de Toros, ni las famosas horchatas de la calle de Salamanca; en su lugar, me parece, se encuentra una *boutique* para novias. Y en Valladolid, calle paralela a ésta, desaparecieron restaurantes y cervecerías –conocí una cuyo dueño era alemán–. Uno de los hijos menores de la tía Otilia me llevó a una corrida de toros. Me impresionó tanto el espectáculo que aún ahora, ante cualquier invitación o sugerencia, declino, y lo mismo me pasa con cualquier guiso con hígado. Solo muy obligado voy al

matadero y, en cuanto al platillo, lo mastico como si fuera un castigo.

A propósito de esta cantina me acuerdo de una fiesta rumbosa cercana a ella. Fui en compañía de un matrimonio brasileño, él llamado Pero Adjecto Bothello y ella Suzy Chagas. Se me viene a la memoria un salón, *Le tout Mexique*, y la esplendidez del anfitrión, tanta que la primera esposa de Usigli permitió que algunos de sus admiradores bebieran en su zapatilla. Entonces Juan Soriano –ajonjolí de todos los moles, no eran tan selectivo como en sus últimos años– literalmente se nos pegó a la hora de salir. Me tocó ir en el asiento delantero; atrás se acomodó el matrimonio brasileño y, justo detrás de mí, Juan. No sé, ni lo sabré, si por alguna agresión verbal o sexual, de pronto oí la enérgica voz de Pero ordenándole al chofer que se detuviera de inmediato. Lo hizo precisamente frente a esa cantina-tugurio regentada por un alemán; escuché que se abrió la portezuela; al volverme pude ver a Pero apoyándose en el asiento delantero y aventar a Juan con los pies fuera del taxi, y alcancé a ver cómo éste rodó hacia la rampa que daba a la cortina del restaurante-bar. El chofer, a iniciativa propia, arrancó con rapidez. A la mañana siguiente, antes de irme a trabajar pasé por el lugar y descansé al no ver ya a Juan; sí había un trozo de tela, que creí identificar como una bolsa de saco despegada. El matrimonio jamás mencionó el incidente; Juan, cuando lo volví a ver, tampoco lo hizo.

Después de algunos días en que me repuse de la fatiga del viaje y de las emociones provocadas por las opiniones de los médicos o por los análisis, me llevaron a visitar a unas amistades de la familia. Ya noche, excitado sin poderme dormir, escuché los pitidos del velador del barrio. Al inquirir sobre ellos me informaron quién los

hacía; debía ser un hombre muy valiente, nunca pude verlo. Me enteré de que su sueldo lo pagaban los vecinos a los que protegía, no tuve la suerte de topármelo, cuando venía a recogerlo si es que se lo daban, mi tía era muy tramposa y sin escrúpulos. Es una lástima que no pueda contarle aquí. A la tía Otilia intenté, no sé si lo haya logrado, hacerle un retrato sin retocarlo, lo titulé “Florita”.

A los que sí conocí fue a los afiladores, no tanto por sus pregones sino por el instrumento con que se anunciaban; veía con temor a los ropavejeros y me fascinaba oírlos entonar sus proclamas, así como el peculiar grito de los que vendían chichicuילות, para mí imposible de reproducir. Parado en la puerta de la casa de mi tía vi acercarse a un hombre que gritaba “coconas, guajolotitos...”, con una parvada de estos animales delante de él, con una especie de látigo los guiaba. Sin pensarlo, lo seguí, intrigado por ver cómo lograba atravesar con su conjunto la transitada calle; a pesar de las recomendaciones de mis parientes yo también la crucé. Ya próximo a la ahora llamada Plaza de la Cibeles –entonces tenía el nombre de Miravalle y estaba rodeada de hermosos y grandes árboles–, me dio alcance uno de los hijos de mi tía la tramposa. Fui amonestado y se me prohibió que saliera a la calle solo, incluso asomarme a la puerta.

De todos esos vendedores, que yo sepa, solo queda, y de cuando en cuando pasa en la noche por el departamento donde vivo, un hombre que ofrece tamales. El que desapareció no hace mucho es el que ofrecía camotes y plátanos.

¡Cuántos cines de barrio desaparecieron!: El Balmori, el Roxy, el Lux, el Rívoli, El Rex, el Encanto y el Regis, donde tuve la suerte de ver mi primera película con sonido (¿será la primera película?, esta

METONIMIA GASTRONÓMICA

Guillermo Landa

Unas hojas de laurel en la comida anuncian la victoria del arte culinario. **LPyH**

Guillermo Landa (Huatusco, 1935) es poeta. Autor de *Este mar que soy yo*, *De nuevo el mar* y *Eurocrático*. Ha colaborado en *La Palabra* y *el Hombre*, *Plural*, *La Jornada Semanal*, *Casa del Tiempo*, entre otras publicaciones.

duda me la puede resolver Tomás Pérez Turrent), llamada *El cantante de jazz*, con Al Johnson (¡ayúdame de nuevo, T. P. T.!). Para los jóvenes les doy la información. No fue cerrado ni destruido por los hombres, sino por la poderosa fuerza de la naturaleza: el temblor de 1985, hace ya veintiún años.

Me gustaba subirme a los tranvías y los gozaba más si lograba sentarme. En cambio no guardo buena memoria de aquellos camiones rojos que iban a la Colonia del Valle; dos veces me robaron en ellos la cartera; la peor fue cuando llevaba un paquete pesado de hojas de papel de máquina que me había robado de mi oficina. Por sujetarlo bien, el ladrón aprovechó una curva para sustraerme mi cartera; hubiera preferido que se

quedara con el paquete de papel. No lamento la desaparición de mis anginas y mis adenoides; la que sí me preocupa es la mía, creo que ya está próxima. Deséenme, por favor, *un bon voyage*. **LPyH**

NOTA

* Agradecemos a Víctor Balvanera por habernos facilitado el presente texto, del que ya se había publicado una versión.

Jorge López Páez (Huatusco, 1922 -Ciudad de México, 2017) fue autor, entre otras obras, de *El solitario Atlántico*, *Silenciosa sirena*; “Lolita, toca ese vals”. Su cuento “Doña Herlinda y su hijo” fue llevado al cine por Jaime Humberto Hermosillo. Premio de Novela Mazatlán y Nacional de Literatura en 2008.